NOTAS SOBRE LA LITERATURA INDÍGENA EN MEXICO

Juan Rulfo

El *Origen de los indios* de Gregorio García, que intenta ser base aparente de nuestro pasado, resulta ser una remora sobre cuestiones superadas hace casi 500 años, ya cuando Fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias* y aún más en su *Destrucción de las Indias*, uñido con Francisco de Vitoria (a quien el hispanista norteamericano James Brown Scott lo llamó el fundador del Derecho Internacional Moderno), lograron en 1539 convencer a Carlos V y a sus opositores, que aceptaran sus teorías.

Vitoria, mediante tres Proposiciones que denominó *Relatio de Indis* o sea *Libertad de los Indios*, consiguió junto con su obra *De la guerra justa* un esbozo de política colonial que sentaría las bases para las Leyes decretadas por el Rey de España. Y como bien dice Barcia de Vitoria: «Frente a su conciencia surge un problema hasta entonces desconocido; determinar cuáles son las consecuencias jurídicas de la ocupación de territorios hasta entonces ignorados».

La «libertad de indios» y las condiciones humanitarias con que debían ser tratados, «tanto en su gobierno como administración» propugnadas por Las Casas desde 1512 en la Junta de Burgos, que se temían fracasados por la oposición de su compañero Matías de Paz, el jurista Juan López de Palacios Rubios y el gran enemigo de los pueblos aborígenes Ginés de Sepúlveda, teocráticos medievales todos ellos y predicadores de la guerra a los infieles en virtud no sólo de la prevalencia del derecho divino de la fe, sino también de la idea de que la barbarie natural de los indígenas los hace esclavos por naturaleza.

Así nacieron las Leyes de Indias, en una época en que fueron consideradas las más adelantadas y justas, como lo son aún para los tiempos actuales.

La época de Vitoria es pues, y así debe calificarse, como aquella en la que obtiene plena conciencia y realidad normativa su visión del mundo como una comunidad universal de los pueblos. Por ese motivo, sus doctrinas deben desgajarse de su contexto histórico antiguo y situarse en la corriente de

vida de la humanidad actual, no tomándolas por su valoración teológica, sino por su valor jurídico internacional.

Después de esto, Fray Bartolomé regresa a su convento de San Cristóbal, Chiapas, donde después de ser acusado de difamación, de haber originado la «Leyenda negra» que envolverá a España durante varios siglos, prosigue su evangelio entre los indígenas del sur de México conocidos como chamulas, pero pertenecientes al grupo de los mayas que todavía habitan sus antiguas regiones divididas en Tzotziles, Tzeltales y Lacandones. El resto, bajo la custodia de los franciscanos, ocupa los Estados del Sureste como Campeche, Yucatán, Quintana Roo y, en territorio guatemalteco, los Quichés y Catchiqueles hasta Copan en la frontera de Honduras.

Y bien, muchos se preguntarán cuál es el motivo de esta introducción tan larga y hasta ajena en cierta medida al temario fijado sobre la literatura indígena en México y, en menor escala, a la de América Latina.

La cuestión es clara, pues aún subsisten esas culturas prehispánicas. El hecho es que, a no ser los antropólogos, pocos o casi nadie se ocupan de estudiar su literatura, sus costumbres, sus creencias sobrenaturales; sus mitos y sus leyendas.

Desde la conquista, fueron desplazados de las zonas fértiles, despojados, arrojados a las montañas y a las regiones áridas o desérticas. No obstante la destrucción de sus centros ceremoniales y de los valiosos documentos o códices donde describieron la historia de sus antepasados, (tanto por el obispo Zumárraga entre las tribus de altiplano como por el obispo Landa en Yucatán), se ha logrado rescatar una mínima porción de esos monumentos literarios, poéticos, legendarios e históricos.

Mucho de ese acerbo está en las bibliotecas del extranjero; porque México no sólo ha sido saqueado en sus recursos naturales, sino en sus recursos del espíritu. Para estudiar la historia de México hay que recurrir, y perdónenme ustedes la verdad, a la Biblioteca Brancroft, a la de la Universidad de California; a la de Austin, Texas, a la Brinton de New Orleans, eso sin mencionar algunas importantes bibliotecas particulares.

Sin embargo, no se trata de lamentar lo perdido, sino de buscar lo que todavía se conserva. Tenemos múltiples cronistas tanto seglares como religiosos, ya que las seis órdenes principales contaban siempre con un cronista, y a pesar de las guerras civiles, la amortización de los bienes del clero, así como la quema en archivos de los Conventos, se salvaron algunas bibliotecas importantes, entre las cuales conviene mencionar la relativa a la Inquisición y numerosas crónicas monásticas.

Las bibliografías de los siglos XVI, XVII y XVIII, se conservan íntegras. En ellas, además de relaciones en lenguas aborígenes, existen hasta obras de música polifónica del siglo XVII.

En cuanto a crónicas, se hallan numerosas escritas por indígenas. Podemos mencionar desde el *Popol Buh*, hasta Alba Ixtlixochitl, Tezozómoc, Chimalpopoca, *La Relación de Michoacán* de autor anónimo; la *Historia Tolteca-Chichimeca;* el *Códice Mendocino;* el *Códice Colombino; el Libro de Tributos;* el *Códice Xólotl;* el *Ozuna;* el *Libro de los libros de Chilam Balam;El Chilam Balam de Chuyamel;* el de *Tizimín; Relaciones de Chalco Amecameca.* En fin, es incontable la variedad de estos documentos, sin contar con los que todavía se guardan sin paleografiar tanto en el Archivo General de la Nación como en el Museo Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México y los que todavía se conservan en el Archivo de Indias de Sevilla; el de Simancas, así como la Biblioteca Histórica de Madrid.

No podemos lamentar pues, la falta de literatura histórica en nuestro país. De igual modo, los numerosos especialistas en el género que, a pesar de no ser tan importantes ni tan competentes como lo fueron los del siglo pasado, están lentamente rescatando verdaderos tesoros documentales.

Actualmente, en el Departamento de Publicaciones del Instituto Nacional Indigenista, así como en varias editoriales, se han publicado y se están editando, cuentos y leyendas indígenas. Sobre este asunto, existen algunas dificultades, pues el país cuenta con 58 grupos dispersos en toda la nación y cada uno de ellos tiene su propio idioma y naturalmente sus propios mitos, los cuales solo se transmiten por tradición oral. Y si se toma en consideración el carácter hermético de cada comunidad, resulta difícil extraer de alguno de ellos cualquier información, pues para cada grupo esto tiene un significado ritual no excluido de su sincretismo pagano-religioso, que han conservado casi intacto desde hace 450 años.

Sin embargo, hay algunos antropólogos - pocos - que han logrado obtener de ellos algo de sus creencias mitológicas. Y otros buenos reporteros como Fernando Benítez, quien es autor de 5 gruesos volúmenes sobre los indios de México, el cual sí ha conseguido muchos relatos y leyendas magníficas, casi todas acerca de lo sobrenatural y del simbolismo que tienen para ellos el inframundo o la naturaleza de los dioses, ya se trate de animales, plantas y sobre todo del papel que juegan los brujos, los hechiceros y los *nahuales.*

En cambio, el Dr. Miguel León Portilla, sólo se ha dedicado a publicar la poesía azteca, desde la ***Visión de los vencidos,*** hasta los cantos o poemas a que tan aficionados eran aquellos pueblos. También ha entresacado de esos mismos

poemas algunos conceptos que, añadidos a la *Historia* de Fray Bernardino de Sahagún, él ha concluido por denominar «Filosofía náhuatl».

Sin abandonar el terreno de lo mexicano, hay otro investigador muy serio en cuestiones nahoas. Se trata del Dr. F. López Austin, quien se dedica a traducir del náhuatl, las supersticiones y hechicerías que encargó a diversos sacerdotes el obispo Gómez de la Serna en el siglo XVII, con el fin de evitar que los indios siguieran con esas costumbres.

En cuanto a obras de ficción literaria, se ha practicado poco el tema o los temas indigenistas. Esto, al menos en México, es razonable, pues resulta difícil, cuando no imposible, adentrarse en su mentalidad, sobre todo si no es con carácter antropológico. Esto lo digo con conocimiento de causa, ya que, a pesar de ser Jefe del Departamento de Publicaciones del Instituto Nacional Indigenista, y habiendo publicado más de 80 obras de Antropología Social, todavía desconozco cómo y porqué motivos actúa la mente indígena.

Los únicos autores, no antropólogos, que han escrito novelas y relatos indígenas con verdadero acierto son, en México, los siguientes:

Andrés Henestroza, oaxaqueño e indígena de raza zapoteca, cuenta con 2 libros: *Los hombres que dispersó la danza y Leyendas de Juchitán.* Este último, como su nombre lo indica, es de relatos que le contaron sus abuelos cuando era pequeño, aunque al desarrollarlos por escrito, él, buen escritor como es, además de gran lector, les dio un sentido casi occidental, por lo que pierden un tanto su carácter indígena y sólo conservan la anécdota regional.

Los relatos de *Los hombres que dispersó la danza* tienen el mismo tono que los anteriores, aunque están más elaborados.

Eraclio Zepeda, es originario de Chiapas, estado con gran predominio de raza indígena, un 80% de la población más o menos. Aunque Eraclio Zepeda es mestizo, es además uno de los mejores escritores jóvenes de México. Se formó en el periodismo, ya que ésa era la profesión de su padre. Sólo ha escrito dos libros, ambos de relatos cortos; el primero lleva por título *Benzulul* y todos los cuentos son de tema indígena; pero el tratamiento que da a cada uno de los relatos puede considerarse extraordinario. No solo están cargados de poesía, sino de una ternura hacia sus personajes pocas veces utilizada en un escritor ya experimentado. Logra, por otra parte, si no adentrarse en la mente indígena, sí en sus sentimentos más entrañables. Posteriormente publicó otro libro de cuentos *Asalto Nocturno;* pero en éste ya no trata problemas indígenas.

Mauricio Magdaleno, originario del estado de San Luis Potosí. Es el último autor vivo de los llamados «Novelistas de la Revolución». Su obra más importante es *Resplandor,* novela que trata la miseria y el despojo sufridos por los indios otomíes del árido Valle del Mezquital, de la cual se han hecho

numerosas ediciones a partir de los años 40. Cuenta también con varios libros de cuentos donde la poesía encubre al hombre con el paisaje. En 1981 obtuvo el Premio Nacional de Letras que otorga México a sus más altos valores.

Cipriano Campos Alatorre. Muerto muy joven y quizá el menos conocido de los narradores mexicanos, era natural de Jalisco, del pueblo indígena de Tonalá. Con *Los fusilados y otros cuentos* dio muestra de su gran calidad para tratar los problemas de las clases desposeídas de su pueblo. Desposeído él mismo, pareció solidarizarse con los personajes de sus historias al morir por inanición a los 26 años de edad. Hombre solitario y huraño, jamás aceptó el auxilio de nadie; no obstante nos dejó su pequeña obra como herencia y ejemplo de cómo podría llegar a ser con el tiempo un narrador excepcional.

Otro buen cuentista de temas indígenas lo fue el también jaliscience *Francisco Rojas González,* quien prefirió la literatura de ficción a la antropología. Autor *deLa Negra Angustias, Cuentos de ayer y de hoy, El Diosero.* Sobre todo en estos dos últimos, ya que *La Negra Angustias* corresponde más bien a la novela de la Revolución, el tema central es acerca de los indios de México en diversas partes del país. *El Diosero* abarca narraciones de un lirismo conmovedor como el titulado «Las vacas de Quiviquinta» o «Raíces» que fue llevada al cine con otras dos historias más, cuyo realismo cruel y tierno a la vez, dio a conocer al autor umversalmente. Su muerte a los 47 años de edad, frustró esta carrera que prometía llevarlo a tratar, dentro de la ficción, otros muchos temas indígenas que tenía proyectados.

Gregorio López Fuentes, natural de la zona indígena de la Huasteca veracruzana. A pesar de haber escrito una novela titulada *El Indio,* premiada en los Estados Unidos, ésta carece de veracidad, por no decir que es una obra falsa dentro de las características propias del indígena mexicano. Quizá podrá tener alguna validez folklórica; pero López y Fuentes, escritor de la Revolución y en donde destaca por su novela *Campamento,* fracasó indudablemente frente al indio: un ser extraño para su mente cultivada, ajeno por completo a la imaginación de este novelista.

No se puede decir lo mismo de *Rosario Castellanos,* quien vivió desde pequeña entre los indios esclavos de Chiapas y más tarde presenció la rebelión de los tzotziles contra las propiedades cafetaleras de sus antepasados. *Balum Canan* y *Oficio de tinieblas* son obras que resumen y describen, en toda su crueldad, la pobre vida y posterior liberación de aquellos infelices indios, no importándole que atropellaran sus propios intereses, es decir, el patrimonio de que ella era heredera directa.

En esto, más que en ninguna otra cosa, radica el interés de *Oficio de Tinieblas,* así como de *Balum Canan,* en la auténtica sinceridad conque fueron escritos.

Otro narrador, también poco conocido y hasta subestimado por la crítica en México es *Ramón Rubín*, jaliscience por adopción ya que allí radica y ha pasado la mayor parte de su vida. Es autor de dos notables novelas indígenas, así como de varios tomos de cuentos. La mejor se titula *El callado dolor de los Tzotiles.* Su desarrollo es entre los *chamulas* de Chiapas y logra captar con la audacia de un reportero y la imaginación del novelista, la trayectoria de un pueblo que no conoce sino la tristeza, las enfermedades y la muerte. Aunque escrita hace más de 30 años, la obra es tan actual, como si se estuviera narrando lo sucedido en nuestros días. Nada ha cambiado desde hace 30 años a la fecha, como nada ha cambiado quizá desde hace 500 años.

Otra de sus novelas *La bruma lo vuelve azul*, se desarrolla entre el grupo huichol, situado en el extremo opuesto. La obra transita por un mundo quieto, al parecer enquilosado y donde predomina más el monólogo que la acción.

Finalmente, por no mencionar a otros narradores mexicanos que han tocado el tema del indigenismo esporádicamente, solo resta mencionar a *Miguel Angel Menéndez*, quien obtuvo con su novela *Nayar* el Premio Nacional de Literatura. Menéndez, yucateco de origen, donde los mayas podrían haberle dado incalculables temas para escribir, prefirió alejarse más de mil kilómetros al noroeste de su tierra, e internándose entre los coras de la Sierra Madre Occidental, llamada allí Sierra del Nayar, narró en un grueso volumen las tradiciones de esta raza que vive aislada y aferrada a sus costumbres legendarias. La novela podría catalogarse como documental en ciertos aspectos, sobre todo cuando trata la explotación por los caciques; pero llega casi al terreno antropológico, donde Menéndez se interesa más por el espíritu y sus milenarias creencias y ritos, dejando a un lado lo anecdótico, así como los antecedentes de este pueblo tradicionalmente guerrero e insumiso a la conquista tanto espiritual como violenta.

Hubiera deseado iniciar esta confusa charla con nuestro más grande estudioso del mundo azteca, *Fray Bernardino de Sahagún*, quien en su *Historia verdadera de las cosas de la Nueva España*, recuperó para siempre todas las tradiciones, creencias y en fin, la profunda mitología del pueblo azteca y cuya riqueza cultural no tiene paralelo en el Continente Americano. Sahagún, además de realizar una investigación exhaustiva sobre la todavía ruinosa ciudad de Tenochtitlán, recabó de los pocos ancianos sobrevivientes a la catástrofe, la historia de un pasado: de un pasado el cual aún ardía entre los rescoldos recientes de la destrucción material, aunque no había muerto espiritualmente.

Fue, asimismo, el primer antropólogo americanista. El mejor de todos. Sin él, además, quizá nada sabríamos de la última civilización que pobló el Nuevo

Mundo, ni aquellos alcances de su cultura sofisticada y compleja, de cuya magnitud fueron testigos solamente los conquistadores.